

**ACTAS  
DEL CONGRESO  
«CERVANTES, EL QUIJOTE Y ANDALUCÍA»  
(SEVILLA, 6-8 DE MAYO DE 2005)**

**Edición a cargo de Antonio Castro Díaz**



**ASOCIACIÓN ANDALUZA  
DE PROFESORES DE ESPAÑOL  
«ELIO ANTONIO DE NEBRIJA»**

**SEVILLA  
2007**

ORGANIZA:	ASOCIACIÓN ANDALUZA DE PROFESORES DE ESPAÑOL «ELIO ANTONIO DE NEBRJJA».
PATROCINAN:	ÁREA DE CULTURA DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE SEVILLA FUNDACIÓN EL MONTE
COLABORAN:	COMISIÓN DEL IV CENTENARIO DE LA PUBLICACIÓN DEL <i>QUIJOTE</i> . SEVILLA CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN DE LA JUNTA DE ANDALUCÍA FACULTAD DE FILOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA EDITORIALES ANAYA CASTALIA SM VICENS VIVES
EDITA:	ASOCIACIÓN ANDALUZA DE PROFESORES DE ESPAÑOL «ELIO ANTONIO DE NEBRJJA» APARTADO DE CORREOS 89 41940 TOMARES (SEVILLA) FUNDACIÓN CULTURAL EL MONTE LARAÑA, 4 41003 SEVILLA
DISEÑO DE LA CUBIERTA:	JOSÉ RAMÓN GASSÓ FUENTES
FOTOS:	MANUEL LÓPEZ CASTILLEJA
IMPRIME:	IMPRESA SAND
DEPÓSITO LEGAL:	SE-0928-07
I.S.B.N.:	84-88842-16-3

## ÍNDICE

Programa .....	5
José M <sup>a</sup> García Blanco: <i>Presentación</i> .....	11
<i>Discurso de la Consejera de Educación de la Junta de Andalucía</i> .....	13
<b>I. PONENCIAS:</b>	
Juan Bautista Avalor-Arce: <i>Los amantes de Sierra Morena (Homenaje al profesor Francisco Márquez Villanueva)</i> .....	19
Florencio Sevilla Arroyo: <i>Historia, vida y literatura en «El rufián dichoso»</i> .....	33
Antonio Rey Hazas: <i>Cervantes, Lope, Góngora</i> .....	53
Carlos Alvar: <i>El ideal caballeresco de Cervantes y su reflejo en el «Quijote»</i> .....	79
Ignacio Arellano: <i>La locura de don Quijote y la sensatez de Sancho Panza</i> .....	95
Ciriaco Morón Arroyo: <i>La ironía en el «Quijote»: la maestría de la obra maestra</i> ...	111
<b>II. COMUNICACIONES:</b>	
M <sup>a</sup> del Carmen Barrios Naranjo: <i>Una aproximación al «Quijote» en Bachillerato</i> ...	139
Ginés Bonillo Martínez: <i>La contribución almeriense al conocimiento de Cervantes. Balance bibliográfico (1876-2005)</i> .....	147
Felipe Tomás Bueno Maqueda: <i>Las revoluciones invisibles: El paradigma del «Quijote» en la poesía actual</i> .....	155
José Antonio Carballar Jurado: <i>Don Quijote cabalga por la autopista del tiempo (Experiencia didáctica)</i> .....	161
Antonio Castro Díaz: <i>Dos notas sobre la sociedad andaluza en las obras de Cervantes</i> .....	177
José Cenizo Jiménez: <i>Áyax enajenado, precedente de don Quijote contra los rebaños de ovejas</i> .....	189
Thomas Deveny: <i>La comunicación interpersonal y el poder en el «Quijote»</i> .....	197
Pilar García del Vello Espadas / María Teresa Pierna Montes: <i>Cervantes y el «Quijote» en las ilustraciones de los libros de texto de la Educación Secundaria. Reflexiones didácticas</i> .....	209
Juana García Linares: <i>Guión literario del documental «Las rutas de don Quijote»</i> ...	213
Isabel Gallardo Cruz / Francisco García Morilla: <i>Cervantes, poeta: Estrategias didácticas</i> .....	219

Antonia Gómez Vidal: <i>La otra ruta de don Quijote. Un acercamiento lúdico a la obra cervantina</i> .....	231
Francisca Íñiguez Barrera: <i>La verosimilitud, intención de Cervantes en la creación del «Quijote»</i> .....	245
Manuel Molina González: <i>Don Niceto Alcalá-Zamora: El «Quijote» desde el exilio argentino</i> .....	251
Francisco M. Pérez Carrera: <i>Don Quijote en los espacios públicos sevillanos. Estudio de materiales didácticos</i> .....	257
Ana Recio Mir: <i>El episodio de Maritornes: Propuestas didácticas</i> .....	265
José Vallecillo López: <i>Una motivación al alumnado de Secundaria para la celebración del IV Centenario del «Quijote»: La revisión histórica de los actos de Sevilla del III Centenario</i> .....	273
<b>III. MESAS REDONDAS:</b>	
Mesa redonda del viernes 6 de mayo de 2005 .....	281
<i>Intervienen:</i> Juan Bautista Avalor-Arce, Florencio Sevilla Arroyo y Antonio Rey Hazas	
<i>Modera:</i> Begoña López Bueno	
Mesa redonda del sábado 7 de mayo de 2005 .....	283
<i>Intervienen:</i> Ignacio Arellano, Carlos Alvar y Ciriaco Morón Arroyo	
<i>Modera:</i> Mercedes de los Reyes Peña	
<b>IV. ACTIVIDADES CULTURALES:</b>	
1. Antonio Daniel García Orellana: <i>Propongo Cervantes (Representación teatral de los «Entremeses» de Cervantes por la Compañía Koprogenia)</i> .....	287
2. Antonio Castro Díaz / José María García Blanco: <i>Paseo literario por la Sevilla cervantina</i> .....	295

## PROGRAMA

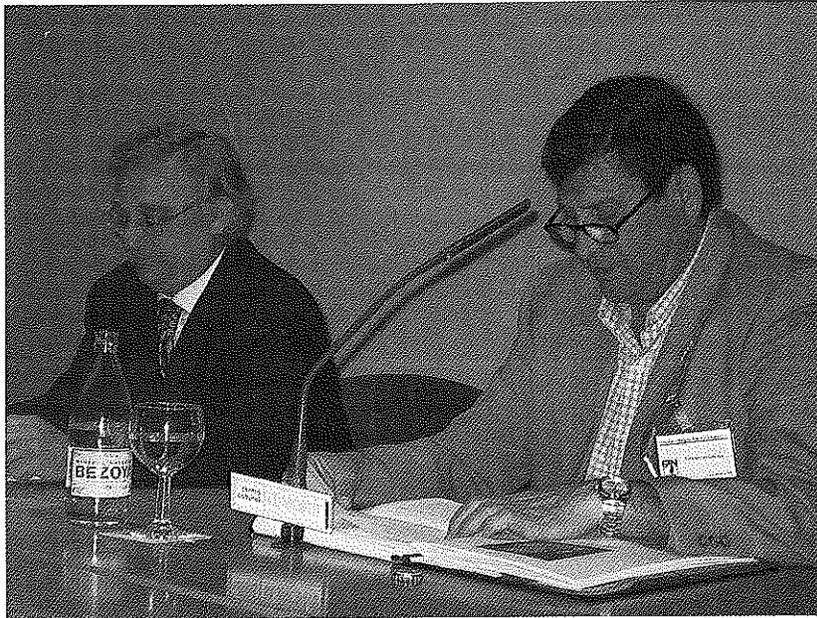
CONGRESO  
CERVANTES, EL «QUIJOTE» Y ANDALUCÍA  
CENTRO CULTURAL FUNDACIÓN EL MONTE  
C/ LARAÑA, 4  
SEVILLA

### VIERNES, 6 DE MAYO

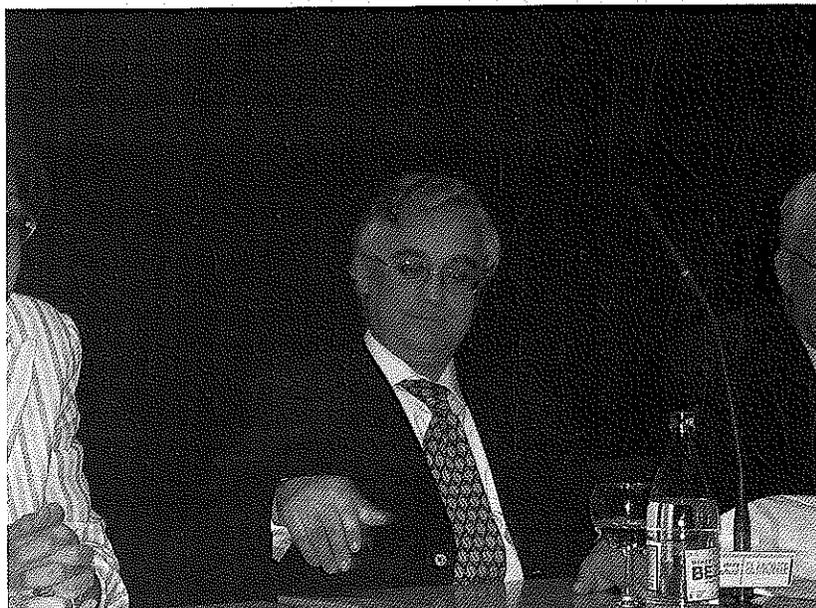
- 9.00-10.00 h.: Recepción de los congresistas y entrega de documentación.  
10.00-11.00 h.: Apertura del Congreso. Comité de Honor.  
11.00-12.30 h.: Ponencia a cargo de D. Juan Bautista Avalor-Arce (Universidad de California. Santa Bárbara): *Los amantes de Sierra Morena*.  
12.30-13.00 h.: Descanso.  
13.00-14.30 h.: Ponencia a cargo de D. Florencio Sevilla Arroyo (Universidad Autónoma de Madrid): *Vida, literatura y preceptiva dramática en El rufián dichoso*.  
16.30-17.30 h.: Presentación de COMUNICACIONES.  
17.30-19.00 h.: Ponencia a cargo de D. Antonio Rey Hazas (Universidad Autónoma de Madrid): *Cervantes, Góngora y Lope en El Quijote*.  
19.00-19.30 h.: Descanso.  
19.30-21.00 h.: Mesa redonda. Modera: Dña. Begoña López Bueno (Universidad de Sevilla).  
*Intervienen:*  
D. Juan Bautista Avalor-Arce  
D. Antonio Rey Hazas  
D. Florencio Sevilla Arroyo

### SÁBADO, 7 DE MAYO

- 9.00-10.30 h.: Presentación de COMUNICACIONES.  
10.30-12.00 h.: Ponencia a cargo de D. Carlos Alvar (Presidente del Centro de Estudios Cervantinos de Alcalá de Henares): *Don Quijote, hidalgo y caballero andante*.  
12.00-12.30 h.: Descanso.  
12.30-14.00 h.: Ponencia a cargo de D. Ignacio Arellano (Universidad de Navarra): *Don Quijote loco, Sancho discreto*.  
16.30-17.30 h.: Presentación de COMUNICACIONES.



*El profesor Ignacio Arellano, a la izquierda, presentado por Juan Benítez Sánchez*



*Ignacio Arellano, durante su intervención en la mesa redonda del sábado*

## LA LOCURA DE DON QUIJOTE Y LA SENSATEZ DE SANCHO PANZA<sup>1</sup>

IGNACIO ARELLANO  
Universidad de Navarra

El tema de la locura y la sensatez en el *Quijote* es sin duda un tema complejo, pero ¿cuál no lo es en Cervantes? Si de toda la obra cervantina se busca un rasgo definitorio sobre todos los demás, me atrevería a decir que lo que más caracteriza a Cervantes es la prohibición de simplificar. Y esto se percibe patentemente en el tema de la locura de don Quijote.

Se recordará que la única virtud que Cervantes reconoce a los libros de caballerías es la enorme amplitud de sus posibilidades inventivas. Ningún género, viene a decir, ofrece tan ancho campo para mover la pluma: caben en él un sinnúmero de aventuras, ejércitos de personajes y episodios sin fin. Esto le gusta, sin duda, a Cervantes, pero se encuentra con el problema de la verosimilitud; eligiendo a un loco como protagonista ese problema se resuelve, pues nada de lo que un loco haga puede resultar increíble: ¡para eso es loco! Es precisamente la condición de loco la que puede justificar cualquier aventura, por disparatada que sea, sin que la historia en su conjunto sea un disparate (como lo son las de caballerías, en la opinión de Cervantes).

Pero, a la vez, esta locura del protagonista permite al narrador elaborar un tejido muy denso de referencias o elementos en torno a la locura, que la crítica cervantina ha puesto a menudo de relieve y que me limitaré a recordar muy someramente:

1) Se ha puesto en contacto el *Quijote* con el erasmismo, como es sabido, y no hace falta apuntar que una de las obras más famosas de Erasmo es el *Elogio de la locura*, libro que juega también con múltiples ironías y ambigüedades humorísticas.

2) También se ha estudiado la posible relación del *Quijote* con el *Examen de ingenios* de Huarte de San Juan, libro que analiza las complexiones según los humores dominantes (flema, sangre, cólera y melancolía) y los diversos caracteres que podrían lindar

<sup>1</sup> Una versión inicial en forma de conferencia de este trabajo se pronunció en Kioto, en el Congreso de CANELA (Confederación académica nipón-español-latinoamericana), octubre, 2003. Ver I. Arellano, «La locura de don Quijote y la sensatez de Sancho Panza», *Cuadernos Canela*, 15 (2003), págs. 25-34. Completo y adapto aquí mis observaciones, con nuevos comentarios y añadidos bibliográficos. Citaré el *Quijote* por la ed. dirigida por F. Rico (cfr. Cervantes [1998]).

con la locura por exceso de ingenio. En este sentido, Cervantes habría construido un loco muy verosímil, de acuerdo a las teorías fisiológicas de la época.

3) Especialmente importante sería en este terreno la presencia de elementos carnavalescos, muy bien estudiados por Augustin Redondo<sup>2</sup>. Es evidente que la misma pareja de don Quijote y Sancho evocan la pareja del gordo y el flaco en la que reconocemos a don Carnal y doña Cuaresma. Don Quijote, cuaresmal, está dispuesto a contentarse con esas pocas hierbas del campo que alimentan a los sufridos caballeros, mientras que Sancho, aunque no siempre las consiga, añora las buenas comidas que sirven en las bodas de Camacho: su mismo nombre de «Panza» remite al mundo del carnaval. Que este sustrato opera fuertemente en la recepción de la novela lo confirmarían las ilustraciones, grabados y dibujos que han venido acompañando a las numerosas ediciones del libro desde su publicación primera: contraste carnavalesco del gordo y el flaco, que no se detiene en los protagonistas humanos, sino que se extiende también al flaco Rocinante y al rucio más robusto. La locura carnavalesca, el mundo al revés y la parodia atraviesan cada página del *Quijote* y afectan no solo a sus protagonistas, sino que impregnan todo el universo narrativo de la novela.

4) Tal locura carnavalesca se relaciona con el mundo de los bufones, igualmente importante en el *Quijote*. A don Quijote y Sancho los toman como bufones los duques, por ejemplo. El papel de la graciosidad sanchopancesca puede asimilarse a la de un bufón, y otros bufones asoman en diversas ocasiones, como en el episodio de la carreta de *Las cortes de la muerte*, donde un bufón agita sus vejigas y espanta a las caballerías de nuestros aventureros, como si intuitivamente quisiera echar fuera a unos rivales inesperados. La ceremonia de armarse caballero en la venta resulta, como recuerda Martín de Riquer en su edición<sup>3</sup>, una parodia grotesca que inhabilita a don Quijote, según antiguas leyes de caballería, para ser armado caballero de verdad, pues el escarnio de una ceremonia burlesca le priva de la dignidad necesaria, subrayando de este modo la locura general que domina en el proceso siguiente de sus aventuras.

Examinar cada uno de estos caminos y otros posibles de la locura quijotesca y el papel del escudero Panza en ella, nos llevaría muy lejos. No voy a entrar en ellos. Solo me atreveré a mirar un poco la trayectoria general de los desvaríos de don Quijote, que muchas veces revelarán, irónicamente, la locura de los que se consideran sensatos y cuerdos.

#### DON QUIJOTE, GRANDÍSIMO LOCO

Al comienzo de la segunda parte del *Quijote*, llega a noticia del ingenioso hidalgo la fama que están alcanzando sus aventuras, que corren por ahí en un libro que los niños

<sup>2</sup> Ver Redondo [1997]. También Márquez Villanueva [1995].

<sup>3</sup> Ver ed. de Riquer [1992], págs. 48-49.

manosean, los mozos leen, los hombres entienden y los viejos celebran... Interesado por los comentarios de la gente, don Quijote pregunta a Sancho (II, II):

—[...] Dime, Sancho amigo: ¿qué es lo que dicen de mí por ese lugar? ¿En qué opinión me tiene el vulgo, en qué los hidalgos y en qué los caballeros? ¿Qué dicen de mi valentía, qué de mis hazañas y qué de mi cortesía? ¿Qué se platica del asunto que he tomado de resucitar y volver al mundo la ya olvidada orden caballeresca?<sup>4</sup>

Con la condición de que don Quijote no se enoje, Sancho responde:

—Pues lo primero que digo [...] es que el vulgo tiene a vuestra merced por grandísimo loco, y a mí por no menos mentecato. Los hidalgos dicen que, no conteniéndose vuestra merced en los límites de la hidalguía, se ha puesto *don* y se ha arremetido a caballero con cuatro cepas y dos yugadas de tierra y con un trapo atrás y otro adelante<sup>5</sup>.

Grandísimo loco, dice la gente que es don Quijote, y un mentecato Sancho Panza. Y ciertamente que este hidalgo manchego es un caballero andante ridículo y que no hace nada a derechas. El mismo Sancho, que lo conoce bien, lo considera un loco; bachilleres y canónigos, caballeros y duques, cabreros y cuadrilleros de la Santa Hermandad, venteros y porquerizos conocen la locura de don Quijote en cuanto lo ven, con su extraña y triste figura, y en cuanto le oyen todas aquellas intrincadas razones de una caballería arcaica y fuera del mundo y de la sociedad en la que vive. ¿Qué pueden pensar las mozas del partido que halla en la puerta de la venta, cuando a ellas se dirige con caballeriles retóricas que no entienden? (I, II):

—Non fuyan las vuestras mercedes ni teman desaguisado alguno, ca a la orden de caballería que profeso non toca ni atañe facerle a ninguno, cuanto más a tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran<sup>6</sup>.

¿Quién, si no un loco, podría confundir a estas prostitutas nómadas y de ínfima categoría con altas doncellas, cosa, dice el narrador, tan fuera de su profesión, que les desata la risa?

#### LA LOCURA CABALLERESCA

El puntual narrador de la historia ha explicado desde el comienzo cómo se produce la locura del caballero, pero deja al lector que saque su propio juicio sobre los límites y las funciones de la misma. Conocemos, pues, la fuente de la locura: podemos reflexionar sobre sus dimensiones y objetivos profundos.

<sup>4</sup> Cervantes [1998: I, 642].

<sup>5</sup> Cervantes [1998: I, 643].

<sup>6</sup> Cervantes [1998: I, 50].

Es bien sabido que don Quijote se vuelve loco a fuerza de leer disparatados libros de caballerías (I, I):

Él se enfrascó tanto en su letura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo [...].

En efeto, rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo, y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante y irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio y poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama<sup>7</sup>.

Lo que pretende don Quijote, pues, es eterno nombre y fama. Podremos comprender mejor esta ambición si pensamos en la vida (que Cervantes no cuenta) que ha podido llevar en su lugar manchego este hidalgo pobre, de rocín flaco y olla con algo más de vaca que de carnero. Así se lo imagina Unamuno en su libro *Vida de don Quijote y Sancho*:

Era pobre y ocioso; ocioso estaba los más ratos del año. ¡Cuántas veces soñó en sus mañaneras cacerías con que su nombre se desparramara en redondo por aquellas abiertas llanuras y rodeara ciñendo a los hogares todos y resonase en la anchura de la tierra y de los siglos. En aquellos cuarenta años de su oscura vida apacentó su corazón con las hazañas y proezas de aquellos esforzados caballeros que aspiraron a la gloria. El deseo de gloria fue su resorte de acción<sup>8</sup>.

Deseo de gloria y deseo de arreglar el mundo, de deshacer injusticias y ayudar a los débiles. Mi oficio, asegura don Quijote, «no es otro sino valer a los que poco pueden y vengar a los que reciben tuertos y castigar alevosías» (I, XVII)<sup>9</sup>.

¿Llamaremos locura a esto? Sí, claro que es locura, aunque una locura peculiar.

#### LA PERCEPCIÓN DE LA LOCURA

En efecto, la locura quijotesca estriba en dos errores fundamentales, como ha señalado Martín de Riquer en su edición de la novela.

<sup>7</sup> Cervantes [1998: I, 39-41].

<sup>8</sup> Unamuno [1996: II].

<sup>9</sup> Cervantes [1998: I, 182].

El primero, pensar que todo lo que ha leído en sus novelas de caballerías es verdad histórica y fiel narración de sucesos reales y verídicos. Creencia que supone una incapacidad para distinguir realidad y ficción literaria, como ha subrayado el cervantista Edward Riley<sup>10</sup>, provocada por el exceso de lectura y la falta de discernimiento crítico lector.

El segundo error de don Quijote es pensar que en su época, a principios del siglo XVII, era posible resucitar la vida caballeresca de los tiempos antiguos y mantener una serie de ideales que chocarán enseguida con las nuevas formas de vida y los nuevos sistemas de valores. La locura de don Quijote no consiste exactamente en lo que se ha llamado su idealismo, sino precisamente en el propósito de llevar a la práctica tales ideales en un mundo que ya no es el pertinente.

En resumidas cuentas, lo que sucede es que don Quijote se revela incapaz de comprender la realidad inmediata en la que se mueve, que observa desde una perspectiva dislocada por su locura caballeresca. Y esto explica su constante fracaso.

Cada vez que quiere reparar una injusticia, perjudica más a las víctimas. Entre muchos episodios, recuérdese el del pastorcillo Andrés, azotado por su amo Juan Haldudo el rico, vecino de Quintanar, por cuidar mal el rebaño confiado. Ante las amenazas de don Quijote, promete pagarle su salario y dejar el castigo, pero apenas desaparece el caballero, vuelve Haldudo a atar al árbol al descuidado muchacho, del que se burla cumplidamente mientras multiplica los azotes (I, IV):

—[...] Por lo mucho que os quiero, quiero acrecentar la deuda, por acrecentar la paga. Y, asiéndole del brazo, le tornó a atar a la encina, donde le dio tantos azotes, que le dejó por muerto.

—Llamad, señor Andrés, ahora —decía el labrador— al desfacedor de agravios: veréis cómo no desfaze aqueste; aunque creo que no está acabado de hacer, porque me viene gana de desollaros vivo, como vos temíades<sup>11</sup>.

Hacia el final de la novela hallamos otro episodio que parece recoger en técnica de cierre circular este primero del desgraciado Andrés: don Quijote y Sancho se encuentran con el lacayo Tosilos, el cual narra el desenlace del famoso desafío quijotesco a favor de la hija de la dueña Rodríguez (II, LXVI). El proceso es exactamente igual al del pastorcillo: la intervención del caballero andante solo ha servido para empeorar las cosas. Nada hay que salvar por este lado en la tarea del fracasado desfacedor de agravios. Como subraya Bandera<sup>12</sup>, que comenta también estos dos episodios significativos, la locura quijotesca es estéril: el camino de la caballería andante está cerrado.

<sup>10</sup> Riley [1999: 67-69].

<sup>11</sup> Cervantes [1998: I, 66].

<sup>12</sup> Bandera [2005: 297].

Las victorias con las que sueña don Quijote nunca llegan: lo único que abunda son palos y piedras que le rompen los dientes y las costillas. Pero no puede negarse, a la vez que su locura, su heroísmo: hace falta valor para salir a enfrentarse con tanto gigante como anda por esos mundos. Y no se diga que lo hace precisamente porque está loco, pues esa locura es parte de su heroísmo. No es poca la voluntad necesaria para transformar el mundo y hacer damas de las prostitutas y mozas de mesón, o para librar a los encadenados: que sean galeotes, asesinos y ladrones, poco importa a este loco de don Quijote, que se atiene al deber de socorrer al oprimido. Y si flaquea en algún momento, Sancho le asegura. Maltrecho de los golpes con que los galeotes han pagado su libertad, don Quijote se queja (I, xxiii): «—Siempre, Sancho, lo he oído decir, que el hacer bien a villanos es echar agua al mar [...]; pero ya está hecho: paciencia, y a escarmentar para desde aquí adelante». «—Así escarmentará vuestra merced [...] como yo soy turco»<sup>13</sup>, dice Sancho, en una frase que entusiasma a Unamuno: «¡Qué bien calaste, Sancho heroico, Sancho quijotesco, que tu amo no podía escarmentar de hacer el bien y cumplir la justicia verdadera!»<sup>14</sup>.

Este objetivo es una constante seña de identidad del héroe cervantino, que se sobrepone a su locura, constante también hasta el desenlace.

La crítica, sin embargo, ha señalado en este sentido una importante diferencia entre la primera y segunda parte de la novela.

#### LA LOCURA EN LA PRIMERA Y EN LA SEGUNDA PARTE

En la primera, don Quijote confunde la realidad con sus lecturas: las ventas son para él castillos, los molinos de viento gigantes enemigos, y los rebaños de ovejas ejércitos en batalla... En esta parte, Sancho representa la visión realista que advierte a su señor la locura de tales fantasías, en un evidente contraste entre la manía del uno y la sensatez del otro (I, viii):

—[...] Ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta o pocos más desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer; que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.

—¿Qué gigantes? —dijo Sancho Panza.

—Aquellos que allí ves —respondió su amo—, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.

—Mire vuestra merced —respondió Sancho— que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino<sup>15</sup>.

<sup>13</sup> Cervantes [1998: I, 248].

<sup>14</sup> Unamuno [1996: 52].

<sup>15</sup> Cervantes [1998: I, 94-95].

La misma estructura antitética construye los episodios de la venta-castillo y de los ejércitos de ovejas. El empeño de don Quijote, enfrentándose a la realidad desde su loca fantasía, terminará siempre, como se sabe, en fracaso, lógico resultado de esta errada percepción de las cosas que la locura de don Quijote impone.

En la segunda parte, don Quijote no ve castillos, sino ventas, ni gigantes, sino molinos. Ve las cosas como son, pero eso no le hace renunciar a sus objetivos caballescicos. Ahora, curiosamente, serán los otros personajes los que se empeñen en hacer que don Quijote vea lo que no es: baste recordar el episodio en que Sancho Panza convence a su amo de que unas rústicas y groseras labradoras son Dulcinea y acompañantes, o las diversas burlas en el palacio de los duques, en las que son éstos quienes preparan las tramoyas y los escenarios precisos para que don Quijote entre en un mundo ficticio que él mismo construía en la primera parte, pero al que ahora parece refractario. Diríase que hay un proceso que va de la primera a la segunda parte en la evolución del caballero y que la realidad enemiga va apoderándose de la ficción fantástica que le ha querido imponer: no se podrá menos que recordar la confesión implícita a la salida de la cueva de Montesinos, cuando pide a Sancho que no investigue más en lo que cuenta, y solicita ser creído en correspondencia con otras veces en que él ha aceptado explicaciones de Sancho de igual inverosimilitud; ahí parece como si don Quijote hubiera empezado el camino de su derrota. En efecto, a las incrédulas palabras de Sancho sobre los sucesos de la cueva de Montesinos (II, xxiii), responderá don Quijote, cuando el escudero se inventa las estupendas mentiras de la excursión en Clavileño (II, xli):

—Sancho, pues vos queréis que se os crea lo que habéis visto en el cielo, yo quiero que vos me creáis a mí lo que vi en la cueva de Montesinos. Y no os digo más<sup>16</sup>.

El camino de don Quijote es, según piensa Riley, en buena parte un camino de desengaño que desembocará en la recuperación de la cordura y en la muerte del héroe. Dicho de otro modo: la locura de don Quijote no es una locura de dimensión única ni se puede identificar con un desarreglo total de su cerebro. Es algo más complejo que conviene examinar.

#### FACETAS DE LA LOCURA QUIJOTESCA

En buena parte, Cervantes hace del hidalgo un personaje cómico, que fue precisamente la interpretación general en su tiempo. Pero, conforme avanza la novela, la parodia fundamental va alcanzando otras dimensiones más amplias. No hay que olvidar, en cualquier caso, que todas pueden coexistir (en tal multiplicidad radica una de las grandezas literarias del *Quijote*). Los aspectos grotescos del personaje no ocultan, como se ha dicho, su nobleza esencial: no es la menor de las ironías cervantinas el hecho de

<sup>16</sup> Cervantes [1998: I, 966].

asociar la locura con la verdad y la justicia, ni tampoco la de invertir sistemáticamente los resultados perseguidos por don Quijote, cuyas hazañas salvadoras suelen acabar en el mayor perjuicio de los socorridos por su fuerte brazo o en el apaleamiento que soportan él mismo, su escudero y su rocín.

Sea como fuere, la locura de don Quijote no es una simple demencia. Como explica con claridad Jean Canavaggio, su locura es en realidad la

monomanía de un espíritu demasiado sutil: un ingenioso, víctima de una imaginación perturbada; un obstinado también, que para descifrar el mundo no quiere más código que el que ha encontrado en sus novelas<sup>17</sup>.

Así, pues, «la verdad de don Quijote no es la de un pelele desarticulado que las alas del molino envían contra el polvo»<sup>18</sup>. Es, en palabras del estudiante poeta, hijo del caballero del verde gabán, «un entreverado loco, lleno de lúcidos intervalos» (II, xviii) que tiene casi siempre un «bonísimo entendimiento» (I, xliv)<sup>19</sup>.

Don Quijote solo desatina en tocándole su manía caballeresca. A lo largo de la novela lo oímos disertar sobre múltiples temas: las armas y las letras, los modos de buen gobierno, los requisitos de la poesía y el teatro, los valores y dificultades de la traducción, la prudencia que debe regir las relaciones entre gentes y pueblos... Sus consejos son bien sensatos cuando no está enajenado por su manía: Sancho lo pone de relieve (II, xxii):

—Este mi amo, cuando yo hablo cosas de meollo y de sustancia, suele decir que podría yo tomar un púlpito en las manos y irme por ese mundo adelante predicando lindezas; y yo digo dél que cuando comienza a enhilar sentencias y a dar consejos, no solo puede tomar púlpito en las manos, sino dos en cada dedo, y andarse por esas plazas a ¿qué quieres boca? ¡Válate el diablo por caballero andante, que tantas cosas sabes! Yo pensaba en mi ánima que solo podía saber aquello que tocaba a sus caballerías, pero no hay cosa donde no pique y deje de meter su cucharada<sup>20</sup>.

Los consejos que endereza a Sancho cuando el escudero marcha a la ínsula Barataria para ser gobernador tampoco admiten desperdicio. Comenta el narrador a este propósito (II, xliii):

¿Quién oyera el pasado razonamiento de don Quijote que no le tuviera por persona muy cuerda y mejor intencionada? Pero, como muchas veces en el progreso desta grande

<sup>17</sup> Canavaggio [2003: 294].

<sup>18</sup> Canavaggio [2003: 295].

<sup>19</sup> Castilla del Pino [2005: 71] señala que «para Cervantes locura y cordura pueden coexistir en un mismo sujeto, porque ambas son formas de actuación ante aspectos de la propia vida de todo ser humano. Para Cervantes los seres humanos proyectan su vida no sobre la conciencia real de sí mismos, sino sobre el modelo fantaseado, soñado para sí mismos». Pero entonces se convierten en locos y pierden la cordura.

<sup>20</sup> Cervantes [1998: I, 810].

historia queda dicho, solamente disparaba en tocándole en la caballería, y en los demás discursos mostraba tener claro y desenfadado entendimiento, de manera que a cada paso desacreditaban sus obras su juicio, y su juicio sus obras; pero en esta destos segundos documentos que dio a Sancho, mostró tener gran donaire y puso su discreción y su locura en un levantado punto<sup>21</sup>.

Don Quijote es, pues, un maniático obsesivo, más que un loco disparatado. Dentro de su locura hay una coherencia rigurosa y un objetivo vital preciso al que se ordenan sus acciones. Lejos de desvariar arbitrariamente, afirma su personalidad y su visión del mundo con total decisión. En este sentido, don Quijote solo muestra una indeterminación en su primera salida. Se recordará que cuando lo recoge su vecino Pedro Alonso, maltrecho después de la paliza que le da el mozo de mulas de los mercados toledanos, don Quijote se cree Valdovinos o el moro Abindarráez, en una fluctuación de personalidades que no se repetirá más en la novela. Es posible que este detalle confirme la sugerencia de Menéndez Pidal<sup>22</sup> y otros críticos de que en su inicial concepción el *Quijote* podría haber sido una especie de novela ejemplar corta inspirada en el *Entremés de los romances*, cuyo protagonista es el labrador Bartolo, enloquecido por los romances, que sale de su casa decidido a imitar las hazañas de los héroes del romance-ro, hasta que un zagal lo apalea y regresa maltrecho a su casa, creyendo que lo auxilia el marqués de Mantua, igual que le pasa a don Quijote en este regreso a casa tras su primera salida.

Sea como fuere, cuando Pedro Alonso le hace observar que no es ninguno de esos personajes literarios, sino «el honrado hidalgo del señor Quijana», la respuesta de don Quijote, afirmando su propia personalidad, es significativa: «Yo sé quién soy» (I, v).

Tal afirmación merece algunos comentarios. El primero es que se trata de una afirmación completamente falsa: en ese momento don Quijote no sabe quién es, como lo demuestra pasando de una identidad (Valdovinos) a otra (Abindarráez). Pero, como he dicho, esta es la única vez que sucede tal cosa en el *Quijote* de Cervantes, y puede atribuirse al mismo delirio del apaleado hidalgo. En general, expresa una afirmación de voluntad y de persistencia en su personalidad que confieren coherencia a su proyecto vital, por más que sea el proyecto de un loco.

Si se compara con el *Quijote* apócrifo de Fernández de Avellaneda, se verá esto con mayor claridad. La diferencia básica de este *Quijote* con el de Cervantes es la gratuitidad e incoherencia de la figura de Avellaneda frente a la de su modelo. El loco cervantino tiene, como he dicho, una locura coherente, una visión del mundo compleja, en muchos sentidos sensata y amplia, viva y ordenada a sus obsesiones, que tienen su justificación. Una vez que ha elegido su identidad caballeresca, la mantiene y la cultiva en una asunción auténtica de su papel. El loco de Avellaneda, en cambio, es simplemente

<sup>21</sup> Cervantes [1998: I, 972-973].

<sup>22</sup> Menéndez Pidal [1958].

un demente sin visión del mundo ni conciencia de misión alguna: por tanto no puede evolucionar ni adaptarse en los enfrentamientos con el entorno. La conducta del don Quijote apócrifo no se integra conflictivamente en el mundo que le rodea: vive aparte, en una incoherente atmósfera de locura vulgar; así, puede creerse en diversas ocasiones don Fernando *el Católico*, Aquiles, el Cid, Fernán González... Ni siquiera sabe quién es...

Aunque el don Quijote auténtico tampoco sabe quién es, por más que crea saberlo, una vez asumida su identidad caballeresca, la mantiene con todas sus consecuencias, con voluntad firme de desempeñar el papel que se ha atribuido, sin cejar nunca en su misión, aunque haya de enfrentarse al mundo entero. Don Quijote no se acepta como Alonso Quijano<sup>23</sup>, pero sí como don Quijote.

### TODOS SOMOS LOCOS

Un refrán que el maestro Gonzalo Correas recoge en su *Vocabulario de refranes* dice «Todos somos locos, los unos de los otros»<sup>24</sup>. Aspecto importante en la locura de don Quijote, y que puede arrojar algo de claridad sobre el pensamiento de Cervantes acerca de esta cuestión, es el modo en que los demás personajes reaccionan ante el loco hidalgo. Hay dos reacciones fundamentales: en primer lugar, están los que intentan divertirse con el caballero andante, al que toman como bufón y al que hacen objeto de burlas diversas. Baste el ejemplo de los duques, de los que comenta el narrador que al final parecen más mentecatos que el caballero, pues se obstinan sin misericordia en hacerle objeto de tantas burlas y necedades. En segundo lugar, están los que ponen cara de sensatos y pretenden volver a don Quijote por el buen camino, empezando por sus vecinos el cura, el barbero y el bachiller Sansón Carrasco. Pero no siempre estos sensatos saben de qué hablan. El caso más llamativo es quizá el del clérigo de los duques, que tan desabridamente reprende en público a don Quijote (II, xxxi):

—[...] Alma de cántaro, ¿quién os ha encajado en el cerebro que sois caballero andante y que vencéis gigantes y prendéis malandrines? Andad enhorabuena, y en tal se os diga: «Volveos a vuestra casa y criad vuestros hijos, si los tenéis, y curad de vuestra hacienda, y dejad de andar vagando por el mundo, papando viento y dando que reír a cuantos os conocen y no conocen». ¿En dónde nora tal habéis vos hallado que hubo ni hay ahora caballeros andantes? ¿Dónde hay gigantes en España, o malandrines en la Mancha, ni Dulcineas encantadas, ni toda la caterva de las simplicidades que de vos se cuentan?<sup>25</sup>

Pero buena respuesta se lleva (II, xxxii):

<sup>23</sup> Ver Castilla del Pino [2005: 80], sobre la falta de aceptación de sí mismo en don Quijote.

<sup>24</sup> Correas [2000: 781].

<sup>25</sup> Cervantes [1998: I, 888].

—[...] Las reprehensiones santas y bienintencionadas otras circunstancias requieren y otros puntos piden: a lo menos, el haberme reprendido en público y tan ásperamente ha pasado todos los límites de la buena reprehensión, pues las primeras mejor asientan sobre la blandura que sobre la aspereza, y no es bien que sin tener conocimiento del pecado que se reprehende llamar al pecador, sin más ni más, mentecato y tonto. Si no, dígame vuesa merced por cuál de las mentecaterías que en mí ha visto me condena y vitupera y me manda que me vaya a mi casa a tener cuenta en el gobierno della y de mi mujer y de mis hijos, sin saber si la tengo o los tengo. ¿No hay más sino a troche moche entrarse por las casas ajenas a gobernar sus dueños, y habiéndose criado algunos en la estrechez de algún pupilaje, sin haber visto más mundo que el que puede contenerse en veinte o treinta leguas de distrito, meterse de rondón a dar leyes a la caballería y a juzgar de los caballeros andantes? ¿Por ventura es asumpto vano o es tiempo mal gastado el que se gasta en vagar por el mundo, no buscando los regalos dél, sino las asperezas por donde los buenos suben al asiento de la inmortalidad?<sup>26</sup>

Bien respondido está y no hace falta decir más. La locura de don Quijote parece, en cierto modo, un espejo que denuncia las locuras encubiertas de otros personajes. En ese conflicto de perspectivas, la tontería quijotesca puede revelarse como una verdad más profunda, justa y bondadosa, que las sensateces superficiales de los otros que se creen con derecho a burlarse o a reprender al esforzado *Caballero de los Leones*.

### LA SENSATEZ DE SANCHO Y SU LOCURA

Es un lugar común confrontar el idealismo fantástico y loco de don Quijote con la visión realista y práctica de Sancho Panza. A Sancho los molinos le parecen molinos y las ovejas ovejas y las ventas ventas. No se olvida del provecho material y reclama los pollinos y el salario prometidos por su amo. Tiene buen cuidado con sus alforjas, que al menos no le falte su pedazo de queso y de pan y su bota de vino. Parece, pues, un aldeano sensato y con los pies bien en la tierra, no como el loco de su señor. Pero su sensatez no es solo la ramplona del estómago. Bien muestra su admirable discreción en los juicios que resuelve durante su gobernaduría de la ínsula Barataria, y sobre todo en su abandono del poder gobernadoresco, conociendo que no está hecho para esos menesteres. Si don Quijote afirmaba «Yo sé quién soy», también Sancho sabe —muestra definitiva de sabiduría— muy bien quién es él (II, LIII):

—Abrid camino, señores míos, y dejadme volver a mi antigua libertad: dejadme que vaya a buscar la vida pasada, para que me resucite de esta muerte presente. Yo no nací para ser gobernador ni para defender ínsulas ni ciudades de los enemigos que quisieren acometerlas. Mejor se me entiende a mí de arar y cavar, podar y ensarmentar las viñas, que de dar leyes ni de defender provincias ni reinos. Bien se está San Pedro en Roma: quiero decir que bien se está cada uno usando el oficio para que fue nacido<sup>27</sup>.

<sup>26</sup> Cervantes [1998: I, 889].

<sup>27</sup> Cervantes [1998: I, 1065].

Quizá Sancho sea otro héroe, tanto más heroico cuanto menos blasona de caballerías ni hazañas. Más quijotismo prueba, dice Unamuno otra vez, seguir a un loco un cuerdo que seguir el loco sus propias locuras. Sirve fielmente a don Quijote y con él va en busca de aventuras peligrosas sin echarse atrás a pesar del miedo que a veces le domina. Defiende a su amo ante los enemigos y calumniadores. Sancho no traiciona, aunque dude alguna vez. ¿Qué más heroísmo y locura idealista cabe pedir a este campesino metido a escudero andante de un loco como su amo, que piensa que puede enderezar el malhadado mundo de los hombres?

## DOS LOCOS HEROICOS

El mayor heroísmo de don Quijote y Sancho no se muestra, sin embargo, en las maravillosas aventuras de los gigantes o molinos de viento, ni en los ejércitos o rebaños de ovejas, o de los barcos encantados y los Clavileños voladores... Se muestra en su sufrimiento de los políticamente correctos que les quieren volver al buen camino, sacándolos de sus peregrinaciones para reducirlos a la vida de la masa: el ama, la sobrina, Sansón Carrasco, clérigos y barberos... (II, VI; I, VII):

—¡Válame Dios! —dijo la sobrina—. ¡Que [...] vuestra merced [...] dé en una ceguera tan grande y en una sandez tan conocida, que se dé a entender que es valiente, siendo viejo, que tiene fuerzas, estando enfermo, y que endereza tuertos, estando por la edad agobiado, y, sobre todo, que es caballero, no lo siendo [...]. Pero ¿quién le mete a vuestra merced, señor tío, en esas pendencias? ¿No será mejor estarse pacífico en su casa, y no irse por el mundo a buscar pan de trastrigo, sin considerar que muchos van por lana y vuelven tresquilados?<sup>28</sup>

Y nada menos que don Quijote ha de soportar que «una rapaza que apenas sabe menear doce palillos de randas» se atreva a poner lengua y a censurar las historias de los caballeros andantes, y a aconsejarle sensatez al enamorado de Dulcinea. Y don Quijote, que será loco, pero héroe celoso de su libertad, se sulfura (II, VI):

—Por el Dios que me sustenta —dijo don Quijote—, que si no fueras mi sobrina derechamente, como hija de mi misma hermana, que había de hacer un tal castigo en ti, por la blasfemia que has dicho, que sonara por todo el mundo<sup>29</sup>.

Y Sancho está de acuerdo. Sancho no quiere a don Quijote retirado, porque hay mucho que hacer, y lo primero cumplir su destino de hombres, es decir, un destino de libertad: apaleados y manteados y molidos, no quieren encerrarse a ver pasar las iniquidades del mundo, o lo que es peor, a cerrar los ojos para no verlas. Quieren cabalgar a sus aventuras.

<sup>28</sup> Cervantes [1998: I, 674, 90].

<sup>29</sup> Cervantes [1998: I, 673-674].

Sansón Carrasco creyó vencer a don Quijote y el mismo caballero creyó morir en su cama, curado de locuras (II, LXXIV):

—Señores —dijo don Quijote—, vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño. Yo fui loco y ya soy cuerdo; fui don Quijote de la Mancha y soy agora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno<sup>30</sup>.

Pero estaban los dos equivocados. Pues es condición propia de los héroes resistir ser inmortales. La locura de don Quijote es verdaderamente —como quería Unamuno— un impulso de vida: significativamente, al recobrar la cordura, muere, a pesar de las incitaciones de Sancho, que considera el morir como la peor de las locuras.

Pero habrá que decir algo de esta muerte de Alonso Quijano, que no de don Quijote. Ciertamente que don Quijote cuerdo no puede existir: Alonso Quijano ha de morir porque no es posible continuar su misión aventurera, y un relato sobre Alonso Quijano no resultaría de interés novelístico. Pero la melancolía de esta muerte es solo uno de sus aspectos. Otro, quizá el más importante para la definición del protagonista cervantino, es el hecho de que en efecto se cura de su manía: don Quijote se acepta por fin como Quijano, se reencuentra consigo mismo en la paz de una buena muerte.

Porque Cervantes ha construido la escena del fin de su personaje según el modelo exacto de buena muerte cristiana, tal como lo describen numerosos tratados de la época: en su propio lecho (lugar sacralizado), según los pasos adecuados y con todos los ritos cumplidos, recibidos los sacramentos. Como subraya Godoy,

don Quijote muere ejemplarmente en su lecho de muerte, rodeado de su medio familiar [...]; ha tranquilizado su espíritu por medio de la confesión y ha quedado en paz con el mundo mediante su testamento [...]. Se cumple lo anotado por el padre Alejo Venegas, que recoge las disposiciones establecidas en Trento: «la muerte no se debe poner entre los males, porque la muerte de los que mueren en gracia no es otra cosa sino que salida de la cárcel, un fin del destierro, un remate de los trabajos del cuerpo, un puerto de tempestades»<sup>31</sup>.

Cervantes ha rescatado finalmente al personaje marginal del loco, a quien en la cultura tradicional y carnavalesca correspondía un destino de exclusión, salvándolo de su locura. Como escribe Bandera,

la auténtica novedad es que la historia del loco cervantino no está estructurada como la tradicional historia de una expulsión, sino como la historia de un prolongado y compasivo rescate<sup>32</sup>.

<sup>30</sup> Cervantes [1998: I, 1220].

<sup>31</sup> Godoy [2004: 145], quien recoge una nutrida lista de tratados de bien morir que permiten contextualizar la muerte de don Quijote.

<sup>32</sup> Bandera [2005: 18].

La cita de Bandera, que acabo de transcribir, puede confirmarse con dos textos complementarios, que resultan indirectamente iluminadores. En el romance «Testamento de don Quijote», ofrece Quevedo una versión burlesca de la muerte del hidalgo. Don Quijote no se recupera de la locura en la hora final; no hace al caso dictar testamento ni recibir los sacramentos, pues el demente es incapaz de testar e incapaz de ser sacramentado, según la más estricta ortodoxia:

En esto la Extremaunción  
asomó ya por la puerta; 110  
pero él, que vio al sacerdote  
con sobrepelliz y vela,  
dijo que era el sabio propio  
de el encanto de Niquea;  
y levantó el buen hidalgo 115  
por hablarle la cabeza.  
Mas, viendo que ya le faltan  
juicio, vida, vista y lengua,  
el escribano se fue  
y el cura se salió afuera<sup>33</sup>. 120

Quevedo no hace un poema anticervantino ni antirreligioso, como ha pensado algún crítico<sup>34</sup>, interpretando erróneamente este desenlace; simplemente se mantiene dentro del código de la poesía burlesca, para el cual un loco disparatado es protagonista pertinente. En ese marco, el loco sigue siendo un marginal que muere excluido.

Fernández de Avellaneda termina su novela con la reclusión de don Quijote, siempre loco y sin remedio, irrecuperable para la razón, en el manicomio de Toledo: es el gran confinamiento del que habla Foucault, heredero de la expulsión anterior que arrojaba al loco fuera de los límites de la ciudad.

Lo significativo es la coincidencia de soluciones ofrecidas por Quevedo y Avellaneda y la originalidad de Cervantes, que se aparta radicalmente de los otros Quijotes.

#### ETERNIDAD DE DON QUIJOTE

Muere Alonso Quijano. Pero don Quijote no se muere. Ni Sancho Panza tampoco. Ahí siguen trotando por los caminos, más vivos que nadie, y sin ninguna intención de meterse en un asilo, a pesar de todos los arrieros y galeotes, duques necios y amas, y clérigos y barberos y entrometidas sobrinas y bachilleres del mundo. Lo dijo en versos admirables el maestro Rubén Darío en su *Letanía de nuestro señor don Quijote*:

Noble peregrino de los peregrinos,  
que santificaste todos los caminos  
con el paso augusto de tu heroicidad,  
contra las certezas, contra las conciencias 10  
y contra las leyes y contra las ciencias,  
contra la mentira, contra la verdad... [...]  
Ora por nosotros, señor de los tristes, 70  
que de fuerza alientas y de ensueños vistes,  
coronado de áureo yelmo de ilusión;  
que nadie ha podido vencer todavía,  
con la adarga al brazo, toda fantasía,  
y la lanza en ristre, ¡toda corazón!<sup>35</sup>. 75

Que así sea.

#### BIBLIOGRAFÍA

- ARELLANO, I. [1996]: «Quevedo: lectura e interpretación. Hacia la anotación de la poesía quevediana», en *Estudios sobre Quevedo*, Santiago de Compostela, Universidad, págs. 133-60.
- BANDERA, C. [2005]: *Monda y desnuda. La humilde historia de don Quijote*, Madrid, Iberoamericana.
- CANAVAGGIO, J. [2003]: *Cervantes*, Madrid, Espasa Calpe.
- CASTILLA DEL PINO, C. [2005]: *Cordura y locura en Cervantes*, Barcelona, Península.
- CERVANTES, M. de [1998]: *Don Quijote de la Mancha*, ed. de F. Rico, Barcelona, Instituto Cervantes / Crítica, 2 vols.
- CORREAS, Gonzalo [2000]: *Vocabulario de refranes y frases proverbiales (1627)*, ed. de Louis Combet / Robert Jammes / Maïte Mir-Andreu, Madrid, Castalia (Nueva Biblioteca de Erudición y Crítica, 19).
- DARÍO, Rubén [1963<sup>5</sup>]: *Poesía*, ed. de Antonio Papell, Zaragoza, Ebro (Clásicos Ebro, 70).
- GODOY, E. [2004]: «El arte de bien morir en el *Quijote*», en I. ARELLANO / E. GODOY (eds.), *Temas del barroco hispánico*, Madrid, Iberoamericana, págs. 129-47.
- IFFLAND, J. [1994]: «Don Francisco, don Miguel y don Quijote: un personaje en busca de su testamento», *Edad de Oro*, XIII, págs. 65-83.
- MÁRQUEZ VILLANUEVA, F. [1995]: «La locura emblemática en la segunda parte del *Quijote*», en *Trabajos y días cervantinos*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, págs. 23-57.
- MENÉNDEZ PIDAL, R. [1958]: «Un aspecto en la elaboración del *Quijote*», en *De Cervantes y Lope de Vega*, Madrid, Espasa Calpe, págs. 9-60.

<sup>35</sup> Darío [1963: 72-73].

<sup>33</sup> «Testamento de don Quijote», en Quevedo [1974: 918].

<sup>34</sup> Ver Iffland [1995], y mi respuesta en Arellano [1996].

QUEVEDO, Francisco de [1974<sup>4</sup>]: *Obras completas, I. Poesía original*, ed. de José Manuel Blecua, Barcelona, Planeta (Clásicos Planeta, 4).

REDONDO, A. [1997]: *Otra manera de leer el «Quijote»*, Madrid, Castalia.

RILEY, E. C. [1999]: *Introducción al «Quijote»*, Barcelona, Crítica.

RIQUER, M. de [1992]: «Introducción» a su ed. de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, Barcelona, Planeta.

UNAMUNO, M. de [1996]: *Vida de don Quijote y Sancho. En torno al casticismo*, México, Porrúa.



El profesor Ciriaco Morón Arroyo, a la izquierda, presentado por José María García Blanco, Presidente de la A.A.P.E. «Elio Antonio de Nebrija»

## LA IRONÍA EN EL QUIJOTE: LA MAESTRÍA DE LA OBRA MAESTRA

CIRIACO MORÓN ARROYO  
Universidad de Cornell, Emérito

El profesor Edward C. Riley escribió en su libro *La teoría de la novela en Cervantes*: «La ironía cervantina ha sido reconocida por todo el mundo, pero está poco estudiada»<sup>1</sup>. Según mis conocimientos, todavía no existe un estudio sistemático de la ironía en el *Quijote*. Pero el estudio sistemático es difícil; por una parte, la ironía se percibe de manera inmediata («reconocida por todo el mundo») en todo el libro como una actitud o tono general de su autor y, por otra, es posible catalogar un gran número de proposiciones irónicas, como puede verse en el apéndice de este trabajo. Lo primero que necesitamos es compaginar el tono irónico general del libro con las proposiciones irónicas concretas. Estos dos aspectos darán la base y los matices para la premisa de todo el estudio: la definición aceptable del término ironía. Por supuesto, será imposible enumerar de manera exhaustiva todas las proposiciones irónicas y en algunos casos será discutible si una proposición es irónica o no lo es<sup>2</sup>. Pero desde una definición fundada en una mayoría de ejemplos indiscutibles, podremos llegar a conclusiones válidas. En todo caso, a pesar de las dificultades, si se admite que la ironía es uno de los goznes en los que se funda el valor del *Quijote* como obra de arte, hay que enfrentarse con el tema.

La obra de arte surge siempre de la capacidad y el entusiasmo creadores, pero en el caso de Cervantes la ironía constituye la forma como el autor encarna en su texto esa capacidad y entusiasmo. Cervantes, con su tono irónico, es un personaje de su propio texto. Unamuno se rebeló contra el autor-personaje y centró su comentario en don Quijote. Así, convirtió el *Quijote* libro en el poema épico de un héroe admirable derrotado por su ambiente y por su propio autor. Pero el libro es novela por Sancho, el escudero campesino con su burro, y por el irónico Cervantes, que cuenta sus andanzas, las entrelaza con otras historias y reflexiona sobre el modo de contar y de entrelazar para lograr un libro «hijo del entendimiento». El libro es el teatro en el que se despliegan los sueños épicos en contraste con la realidad cotidiana y ese contraste es el secreto de la maestría del *Quijote* como obra de arte universal. Por tanto, al soslayar la pregunta por la ironía del libro, se soslaya la pregunta básica: si estamos convencidos de que el texto de Cervantes es una obra «genial», ¿qué rasgos determinan su genialidad?

<sup>1</sup> E. C. Riley, *La teoría de la novela en Cervantes* [1962], trad. de C. Sahagún, Madrid, Taurus, 1989, pág. 60.

<sup>2</sup> Para Américo Castro son irónicas ciertas expresiones sobre la religión que a mí me parecen escritas en serio. Ver A. Castro, *El pensamiento de Cervantes* [1925], cap. VI. La estancia de don Quijote en el palacio de los duques refleja una postura crítica del autor hacia la nobleza ociosa de 1600. Si esa crítica es una condena, sobrepasa el jalón de la ironía. Pero Cervantes no critica a la nobleza como clase ni su papel en la estructura social; por tanto, junto a la crítica hay que poner la visión positiva, es decir, quedarnos en el plano que parece indiscutible: el de la ironía.